

CUENTO N°99

TÍTULO: SUEÑO DEL REGRESO

SEUDÓNIMO: HERRANZ-RONDA

AUTOR: CARLOS RODOLFO BRIONES JARA

Sueño del regreso

Como en un sueño, recuerdo que pegados al río quedaban unos espacios eriazos que fueron siendo usados por el crecimiento de la población. En esos lugares crecían, salían después de las lluvias, *las callampas*.

-De la tierra, como hongos, nacen –decía mi madre. A veces, en el periodo de vacaciones de verano, yo miraba hacia el río, y mi madre me preguntaba:- ¿Viene la señorita de la leche?

De ahí viene mi heroína, de las riberas del Río Mapocho.

Nosotros vivíamos a cuatro cuadras del río, en la Comuna de Quinta Normal, en el Poniente de Santiago. Yo, a veces, veía aparecer la recua de burras recién paridas, sueltas, y guiadas por la lechera. Siete u ocho burras de color gris... A veces sentía su silbido o sus órdenes. Me maravillaba el control que la joven tenía sobre esos animales. La lechera, ahora lo sé, cuando yo tenía seis años, ella era una señorita de dieciséis. Mi madre no me dejaba acercarme a las burras porque eran mañosas:

-¡No mijito! ¡No se acerque tanto mijito!... La señorita sabe lo que hace.

Mi madre se entendía muy bien con la lechera. La primera copita de leche era para mí, y después para mis hermanas, que a regañadientes se la tomaban.

La primera vez casi no hubo contacto. Mi madre le preguntó:

-¿Cuánto cuesta la copita? -La lechera le dijo cuánto, sin mirarla. - ¡Deme una por favor!

La lechera pegó un *chiflido*, no un silbido, que yo aprendí a imitar... La primera vez que lo hice, semanas después, me salió de maravilla: las burras se pararon en seco... Y después en seco me quedé yo, cuando sentí la mirada de la lechera. Silencio absoluto, sus ojos de un marrón intenso, fulgurantes, me atravesaron, me paralizaron. Claro, se me borró la sonrisa de niño juguetón que

debo haber tenido en ese momento.

-¡Ehyyy! –gritó ella, sin dejar de mirarme, y la recua siguió.

Montada sobre una burra, con las piernas abiertas, la lechera me atraía enormemente. Trataba de no mirarle los pies, pues casi siempre andaba descalza. La burra que montaba no llevaba riendas, la guiaba con los pies, se los metía en los ijares. Parecía todo tan fácil, lo hacía todo con tanta gracia y dominio...

Pasó el tiempo y a la lechera le llamaron la atención mis hermanas con síndrome de Down. A mí, nunca me sonrió o me dejó pasarle la mano por el lomo a una de las burras, como se lo permitía a Cecilia o a Nury, y siempre me miró con severidad. Pero descubrí que se sonreía cuando yo no la miraba, la maldita me daba de la leche más agria, de la burra que había que ponerle la cría para que soltara *el apoyo*. Así se le llama a la leche que la burra *retiene*, reserva, para la cría. Toda la leche de burra es ácida, pero la de burra vieja lo es aún más. Los remedios me recuerdan esos sabores, esas sensaciones. Me daban escalofríos, y me di cuenta que con eso se sonreía la maldita lechera. Y, por desgracia, a mí, comenzó a gustarme eso: su sonrisa... Ahora la hago sonreír nada más que para recordar, para recuperar de mi memoria, esos momentos.

A mi regreso de Europa, le pregunté a mi madre cómo se llamaba *la lechera*.

-Beatriz... *Así como la de Dante* –me dijo, como para estar en sintonía conmigo. Mientras yo pensaba *la que Dante nunca consiguió*. Luego agregó:- Ahora trae quesos.

-¿Con las burras todavía? –le pregunté para hacerla hablar.

-¡No! ¡Por Dios! –exclamó-. Con tanto vehículo sería criminal.

Me parecía haberla visto. Me acordaba de su agilidad, de sus saltos, sin esfuerzos, para montarse sobre una de las burras, o para bajarse a ordeñarlas. A veces se ponía en cuclillas o simplemente

se inclinaba. Un par de veces, en que me demoré en salir, miré por la ventana, y ocasionalmente ella estaba en cuclillas, con el vestido sobre las rodillas, con las piernas abiertas, en dirección a la ventana, y yo descubrí que no era enteramente morena, sino que su color se atenuaba, se volvía de un color canela. Ahora: a ella le gusta que yo haga todo lo que yo quiera. Y yo hago todo lo que a ella le gusta.

-Me casé con un *atleta* –me dijo una de las primeras veces. Claro, se había casado con un boxeador, con una de esas promesas, que terminaron todos alcohólicos. Cuando lo vi, me acordé de inmediato del casero de las sandías, un joven que en verano hacía las delicias de algunas mujeres al sacarse la camiseta. Beatriz con el joven boxeador, varios años mayor que ella, tuvieron siete hijos: dos muertos al nacer.

-En 1974, *el Tolo* vio una oportunidad y *se coló* como refugiado político... -Llegaron a Francia y no les fue bien. En 1983 regresaron felices: habían estado en Europa y habían aprendido una infinidad de cosas que aquí hubiese sido imposible. - ¡Volvimos solos al río! –me dijo riéndose-. Te lo cuento... para que no creas que eres el único que tiene recuerdos.

-Sólo que los recuerdos yo los tengo en la piel –le dije devolviéndole su agresiva picardía.

-Y yo aquí –me dijo, tomando mi mano y llevándosela a una mejilla. A simple vista: una deformación, pero al sentir el hueso, la soldadura del facial, no pude evitar estremecerme.

-¿Y sigues con ese tipo todavía? –le pregunté irritado. Se encogió de hombros y argumentó:

-Es mi esposo... Yo soy su esposa.

-Eso es una tontería –le dije-. Son papeles nada más, son convenciones...

-¡No! –Me rebatió-. Ese compromiso fue hecho ante Dios, en una *casa de Dios*, en Francia.

Me dio rabia. ¿Cómo explicárselo? Sin traicionarme, sin poner en riesgo la investigación que en

ese entonces participaba...De los quesos, en algún momento pasamos al *pollo con arvejas* y a otras especialidades de sus maravillosas manos: *empanadas* de todo tipo, queques, y dulces por doquier, sin olvidarnos del famoso “Pie-de-limón”.

-¡Qué manera de gustarle las cosas agrias a usted, *doctor!* –comentó ella un par de veces sin darse cuenta, sin percatarse-. ¿Alguna vez me va a decir por qué?

Un par de meses, maravillosos, la tuve sobre ascuas e intrigada. Yo le había respondido:

-No me lo preguntes tú... Tú eres la responsable. En ti encuentro mi esencia...

-¡No puedes ser!... –exclamó. Así, intrigada, logré que me regalara varias sesiones *a grito pelado*. Todo se había dado de maravilla: el atleta estaba preso por haber golpeado al dueño de un bar que lo había demandado, pues, como ex boxeador y alcohólico, dependía de lo borracho que estuviera, comenzaba a *hacer sombras*, a dar golpes a todo lo que se le acercara.

-¿Y qué haces cuando te agrade? –le pregunté en una oportunidad a Beatriz.

-Lo pongo a dormir... *K.O.*, como se dice *técnicamente* –me respondió con picardía, la miré y nos matamos de la risa. - ¡Con un sartén o con lo que tenga a mano!

Sus preciosas ancas de lechera montada en una burra siguen teniendo formas, un tanto *relajadas*, pero *formas*, al fin y al cabo. He descubierto, en el temblor de sus labios, cuando quiere que la engañe, así logré limpiarla por primera vez. Traje una toalla húmeda y la limpié. Era un día de sol, y solo dejábamos entrar un breve reflejo de luz, para poder quedar en penumbras, para que ella se sintiera cómoda. La limpié a conciencia. Me emocionó hacerlo.

-¿Así como los franceses? –me preguntó ella con inseguridad.

-Sí –le dije-, así como los franceses... Así como los griegos... -le decía mientras la recorría y me maravillaba percibiendo, disfrutando, la reacción de su piel-. ¡Así como los egipcios! –le dije,

pensando en los aromas del desierto, pensando en una Cleopatra, sinuosa, como una serpiente, y, obvio, morena, claro, como la original. Tuve su cuerpo entero a mi disposición. La miré, la estudié, ¡*a destajo!*!, lentamente, sin apremios, sin resistencias. Jamás he visto un cuerpo con tantas cicatrices, y sólo de sus tobillos hasta sus rodillas le queda el viejo color que admiré en sus muslos, que ahora son de un canela suave, el viejo color que yo tengo en mi memoria. La cubro con una sábana y la dejo dormir.

Fumando a su lado, repaso los diálogos que ella me ha reproducido respecto a qué le dice él, cuando ella me trae la comida, y él la espera en la esquina, apoyado en un poste. El boxeador no me saluda, me mira con desagrado o da vuelta la cara.

-*Al cabro ése lo botó la mujer. Seguro que ya no se la puede* –me comenta ella imitándolo.

-¿Y tú que le has dicho? -le pregunto intrigado.

-Cuando lo dejo *encerrao* –me dice-, y está *muerto de curao*, le he dicho, le he inventado cosas.

-¿Cómo cuáles? –le pregunto entusiasmado. Me he dado cuenta, y no me reprimo, que me gusta hacerla hablar, aunque a veces no me guste lo que ella me cuenta.

-Le he dicho: *El cabro me llena de colonias... Me pone unas esposas, así como en las películas, y me mira... Pero no me ve a mí, en el techo de la pieza de arriba tiene un espejo. Pero si yo me miro en el espejo: no me veo... Es un espejo diabólico...*

Nos matamos de la risa. Al pasar le objeto:

-Pero ¿quién se va a creer eso? Él sabe que le mientes –le digo.

-¡Quiero hacer algo! –me dijo cuando despertó.

-Lo que tú quieras -le digo.

-Bueno –me dice-. Entonces: *manos a la obra... así como los artistas*. Quiero limpiarte el baño y

la cocina –me dice vistiéndose rápidamente.

La dejo. Me visto y bajo. Me preparo un té y subo. Mala idea. Bajo de nuevo, ese amenazante olor a clínica, a remedios, del detergente me hacen arrancar. Salgo al patio, para pensar, tengo ganas de escribirle a mis amigos en Europa. De pronto, Beatriz, desde la cocina, me advierte:

-No se puede entrar al baño... Hasta que se seque bien...

Confirmando que sí, con un movimiento de cabeza. Beatriz está radiante, ha comenzado a sudar, y la piel de su cara y de sus brazos ha adquirido un brillo, una tersura, llamativa, notoria. Si alguien le mirase los brazos ahora, nadie pensaría que tiene más de sesenta años. Los ojos le brillan y se desplaza con enorme agilidad, audacia, encanto... y agrado. La observo trabajar en mi cocina con enorme seguridad y destreza. Es un sueño, claro. Pero yo no sé si estoy soñando...

De pronto escucho una voz:

-Sí, está volviendo -dice alguien, con esa extraña satisfacción que a veces parece felicidad, como cuando se logra algo, algo más allá del deber, y que, por las dificultades superadas, se vuelve algo grandioso... Antes de retornar completamente, los aromas me indican el lugar donde estoy.

////////////////////////////////////